

huesosas y suplicantes, las extendió hasta cerca del pecho de su amiga.

—Aconséjame, querida Anita; me inclino ante tu sabiduría superior á la mía. Haré cuanto me digas.

La amiga triunfante, comenzó una serie de exhortaciones y de consejos que se prolongaron hasta el final de las clases.

—Entre tanto—concluyó Anita, en el instante que un rumor se elevaba por todas partes, anunciando la marcha de los profesores,—ve á combinar los planes de batalla.

Las dos buenas amigas se separaron con la confianza y la ternura de dos almas hermosas ligadas por una buena causa, y la señora Grabinof, semejante á una cierva espantada, se apresuró á bajar al piso inferior.

V

El dormitorio de la primera clase estaba sumido en la calma del primer sueño. Los blancos lechos sin cortinas, cubiertos con inmaculadas colchas, se alineaban en fila en el alto salón, alumbrado en los dos extremos por lámparas de escasa luz colgadas ante sagradas imágenes. Los cuerpos esbeltos y graciosos de las jóvenes, dibujándose apenas bajo los abrigos, y las cabezas morenas ó rubias recibían todas la misma claridad indecisa, perdiendo su personalidad en aquel vago crepúsculo.

La señora encargada dormía también detrás de una mampara, á la entrada del dormitorio, en una habitación pequeña, muy parecida al escondrijo de Cancerbero. Aquel medio de situarse, le debía permitir vigilar las entradas y las salidas; ¡pero veinticinco años de vigilancia atrofian mucho las facultades!

Acababan de dar las once en una campana grande colocada encima de la escalera y el son retumbante de su timbre se extendía aún bajo los arcos de los grandes corredores abovedados; una de las jóvenes acostadas se incorporó sobre el lecho, calzó las zapatillas, se puso un traje de casa, y sin preocuparse mucho del ruido que pudiese hacer, se dirigió resuel-

tamente á través del dormitorio hasta la puerta que daba sobre el corredor. Era Olga.

A su paso tocó ligeramente sobre el hombro de una de sus compañeras adormecidas, que, siguiendo su ejemplo, no tardó en encontrarse de pie á su lado; una tercera las esperaba y se les unió.

Entonces, las tres juntas, revistiéndose de audacia, abrieron la puerta, cuyos goznes bien aceitados no causaron el más ligero ruido y se encontraron en el corredor.

Un ligero estremecimiento, de frío ó temor, agitó á las tres, pues se acercaron instintivamente cogiéndose de la mano. La mortecina claridad de grandes lámparas que había colgadas, alumbraba con tristeza los enormes corredores; una alfombra de grueso cordoncillo apagaba el ruido de los pasos; sin embargo, un ligero roce, como el roer de ratoncillos, las hizo detener más de una vez mientras se dirigían á la escalera principal.

Era necesario descender un piso, recorrer en sentido inverso otro corredor y entrar en el refectorio situado en la extremidad del vasto edificio. Todo esto se hizo con una precisión y seguridad que denotaba cierta costumbre de aquel paseo.

Las tres traviesas entraron en el refectorio, encontrando allí á tres muchachos encantadores, los tres oficiales de la guardia, á lo más de veinte años de edad y dispuestos á reir de muy buena gana las jargarretas hechas á las vigilantes. Habían ellos corrido menos riesgos para entrar que las jóvenes para llegar allí. Una puertecilla del refectorio comunicaba con las cocinas, las cocinas con el patio y el patio

con una gran puerta cochera que daba á la calle. Esa puerta se cerraba á las once, y hasta entonces todo el mundo era libre para entrar y salir por ella para visitar al numeroso personal del establecimiento; nada era más sencillo que el entrar. Para salir, eran necesarias algunas precauciones más; pero, pagándolo bien, del soldado sin armas que guardaba la puerta, ¿qué no se habría conseguido?

Cada uno de los tres jóvenes merodeadores era más ó menos bien recibido en su amor. El refectorio estaba poco alumbrado, pues toda la luz provenía de una linterna sorda oculta bajo un banco y vuelta hacia la pared; pero las amigables parejas no tenían necesidad de suntuoso alumbrado para entenderse. Se sentaron en los bancos, unos frente á otros, y empezó la conversación.

Se habló de cosas muy diferentes: primero de las encargadas de clase, á las que pusieron de un modo conveniente, luego del escándalo causado por aquella gran necia de Ranine.

—Calla, es una idea—dijo uno de los jóvenes.—
¿La Ranine, cómo es? Tendría curiosidad en verla.

Esa curiosidad impertinente fué castigada con una pequeña rabieta y una queja de enamorada, que terminó cuando la hermosa ofendida permitió generosamente á su caballero besar la mano que se dignaba perdonar.

Las conversaciones tendían á volverse cada vez más íntimas, las parejas se habían acercado más, pero siempre hablando de cosas del instituto; ¿de qué otras podían hablar las jóvenes? ¿Y qué asunto más extraño y más curioso podrían hallar para man-

tener la conversación?

—¿Está buena la tiza?—preguntó un joven con cierto disgusto mezclado de curiosidad.

—Es excelente cuando cruje bajo los dientes, ¿ya lo sabe usted? Todos los días cogemos los pedazos que quedan después de la lección y nos los partimos. Tenemos mucho cuidado en envolverles en papel dorado y recortado. ¡Los profesores se creen que es por galantería hacia ellos! Nada de eso, es para que sus malditos y cochinos dedos no toquen la tiza, pues nos la queremos comer.

—¡Oh! ustedes no me harán creer—interrumpió otro oficial—que no sienten alguna pequeña debilidad por alguno de sus profesores, por un lindo muchacho, como por ejemplo el profesor de química...

—¿El?—repuso con viveza la perversa inocente,—á ese no; es demasiado tímido; ¡pero á nuestro profesor de alemán! á ese se le adora; el último invierno ha recibido lo menos dieciocho declaraciones. ¡Era una *coqueluche!* toda la clase la ha pasado.

—¡Ah! ¿Y es indudable que usted también?—repuso el amante de mal humor.

Y recibió por castigo una pequeña reprensión, pero no demasiado pequeña; y por su parte le fué necesario también hacer la paz.

—¿Y usted?—preguntó el tercer visitante á su amiga, que partía con sus hermosos dientes un bolsón entero de peladillas. Inútil es decir que nuestros jóvenes no habían ido con las manos vacías; un cesto grande lleno de provisiones de toda clase hizo su aparición desde el comienzo de la entrevista y yacía casi vacío á los pies de los conversantes.

—¿Yo? ¿qué, yo?

—¿Le ha amado á usted algún profesor de música?

—No—repuso la glotona;—el año pasado adoré á nuestro diácono, ¡estaba tan hermoso con sus largos cabellos castaños muy bien ondulados sobre sus hombros! ¡se parecía al Cristo que está sobre la puerta del altar, ya le ha visto usted! Y además, tenía una manera tan imponente de decir la misa. ¡*Rogad al Señor!* esto me resonaba aquí.

La joven puso la mano, nõ sobre su corazón, sino sobre lo que vulgarmente se llama la boca del estómago. Era tal vez el sitio en donde toda su vida estaba llamada á sentir las impresiones más fuertes.

—¿Y ahora?—prosiguió el amante no sin algunos celos.

—Ahora, naturalmente, es á usted á quien adoro.

Semejante aserción, en un momento como aquel, bien merecía algunas frases de ternura que no se hicieron esperar.

A pesar de que aquellas jóvenes no llegaban á los veinte, ya lo hemos dicho, y de que el género de vida que llevaban las muchachas, las entregaba atadas de pies y manos á la seducción, ninguno se propasó á bromas de mal gusto. Habían ido allí, no guiados por un amor ideal, ni arrastrados por un sentimiento menos puro, sino simplemente por quebrantar la ley, la regla, por amor al fruto prohibido, por el placer de burlarse del derecho. Era el triunfo de la perversidad; pero de la perversidad infantil.

—Es preciso volver—dijo Olga,—esta es la hora en que la señora Banz estornuda.

30284

Fué preciso explicar cómo estornudaba la señora Banz, en lo que se invirtió algunos minutos, luego vinieron las despedidas más ligeras que tiernas. Los jóvenes arrebañaron con todo lo que quedaba en el cesto; los caballeros, por cortesía, no hicieron lo mismo.

—¿Qué hay que traer para la próxima entrevista?

—Arenques salados y cebollas, muchas cebollas. Y además, traigan champaña.

—Será champaña y un pastel de *foie-gras*; cenaremos juntos.

Después de tan noble resolución, el grupo se separó.

Al volver al dormitorio, las jóvenes fatigadas por la falta de sueño, no iban tan ligeras como cuando bajaron. Una de ellas se cayó en la escalera y la cruz de oro del bautismo, que llevaba sobre el pecho, pendiente, según costumbre, de una cadena bastante larga, chocó contra el escalón.

A aquel ruido la cabeza ancha y aplastada de la Grabinof se deslizó sobre el tramo superior.

También ella había pasado la noche fuera del lecho, pero ningún motivo seductor había espantado el sueño de sus ojos, se había dormido sobre un pedazo de la escalera. A la luz de la lámpara, reconoció á las tres culpables, y un estremecimiento de horror la sacudió de pies á cabeza.

—Las tres mejores—se dijo,—las tres más lindas, las tres más nobles y más ricas. Señor, ¿á dónde iremos á parar?

Sin esperar la respuesta del Señor, fué á acostarse á su lecho; en donde sufrió espantoso insomnio, fru-

to de sus tristes pensamientos. Permitámonos añadir que no sufría tanto como podía temerse, sostenida por dos elementos diferentes: el pequeño anticipo, por su noche perdida, que había tomado en la escalera, y la alegría que sentiría al descubrir á todos la estupidez de la señora Banz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

VI

Al día siguiente por la mañana, ó por mejor decir, el mismo día, la señorita Grabinof recobraba sus funciones desde el alba; las noches agitadas no embellecen, pues tenía una de esas fisonomías que no ganan nada con las emociones vivas. Así es que desde el desayuno, á la hora del te nacional, las jóvenes se apresuraron á informarse con ternura de la salud de su querida señora de clase. Como puede esperarse, fué una de las paseantes nocturnas la que abordó este capítulo.

—Tiene usted el aspecto fatigado, querida señorita—le dijo Olga.—¿Ha pasado usted mala noche? ¡Sin embargo, no estaba de servicio!

¡Tanta astucia, tanto aplomo y tanta sencillez mezclada de candor había en la entonación de su voz! La señorita Grabinof se sintió temblar de cólera.

—Está usted muy amarilla esta mañana—agregó otra.—¿Le ha ocurrido algo desagradable?

Ariadna, que silenciosamente comía su panecillo de pan blanco, levantó los ojos sobre la Grabinof. Tenía conciencia de haber causado un disgusto á la señora de clase, ¡pero de esto á haberla hecho poner

completamente amarilla había alguna diferencia! Para juzgar hasta que punto estaba amarilla la señora de clase, la joven se atrevió á levantar los ojos. Se encontró con una mirada de odio tan reconcentrado que la hizo palidecer.

—Sí—exclamó la Grabinof,—me han dado un disgusto, pero hay una justicia en este mundo, en espera de la del otro.

Todos los ojos se fijaron en Ariadna que sintió bullir en ella un sentimiento de cólera y de desprecio por la necedad humana. Ese sentimiento ¡ay! no era nuevo para ella, y cada vez renacía con más fuerza y más amargo. Pero no podía hacer más que callarse y tener paciencia; esto fué lo que hizo.

La mañana pasó sin tropiezo, el aspecto de las tres delincuentes era adormecido; la lección de geografía les pareció larga, y sus respuestas no fueron de las más brillantes; pero aquellos desfallecimientos no eran raros, y el profesor no se fijó en ello.

El recreo y la comida vinieron después, todo parecía ir por el mejor camino, por el mejor de los mundos, cuando Ariadna, que iba á su hora de canto, chocó con el ángulo de su cuaderno de música en el respaldo de una silla en el que estaba completamente abierta la bolsa de trabajo de la señorita Grabinof. Cayó la bolsa con su contenido de mercería menuda, el precioso cubre-pies se enredó en las patas de la silla, deshaciéndose algunas mallas de *crochet*, y el ovillo de hilo fué rodando á algunos pasos de distancia.

—¡Usted lo ha hecho con intención!—gritó la Grabinof lanzándose sobre su cubre-pies, que estrechó

sobre su corazón lo mismo que una madre á su hijo amenazado por las devoradoras fauces de una bestia feroz.

—¡Bien sabe usted que no!—dijo con tranquilidad Ariadna que arrodillada en el suelo ponía en orden el contenido de la bolsa.

—¡Lo niega! ¡su conducta merece ser castigada, señorita! ¡Es demasiada insubordinación! ¡Por hoy le privo de su hora de canto!

Ariadna, siempre de rodillas, con la cabeza baja, había escuchado sin replicar el severo sermón de la señora de clase; pero al oír la última palabra se levantó, y dejando la bolsa fatal sobre la silla, repuso con una entonación en donde la ira ponía vibraciones apasionadas.

—Mi hora de canto es un castigo impuesto por la señora superiora. Ella únicamente me lo puede quitar. Ha llegado el momento de obedecer sus órdenes. Voy á la sala de música. Si la señora superiora levanta mi castigo, usted tendrá la bondad de decirme.

Y después, sin inquietarse por la ira que dejaba detrás de ella, Ariadna se fué con paso tranquilo á un extremo del corredor. Cuando hubo franqueado la puerta y se vió sola, corrió hasta el salón de música, se encerró, y abrazando al piano de cola, ante el cual se había arrodillado, dejó correr sus lágrimas, lágrimas que la hacían derramar el orgullo herido, los buenos sentimientos ofendidos; eran lágrimas de cólera lo mismo que de dolor.

—¡Perversa, perversa mujer!—se decía.—¿Por qué todo el mundo me ha de querer mal; á mí, que no

hago daño á nadie? ¡Es porque soy pobre!

No lloró mucho tiempo; la cólera la oprimía y el dolor la ahogaba. Se sentó ante el instrumento, preludió três acordes firmes y prolongados, luego empezó con el eterno solfeo... El eterno solfeo le pareció desagradable hasta el disgusto. Se detuvo, cerró el libro, dejando caer sus manos inertes. ¿Es que ahora ya no le gustaba cantar? ¿Llegaría también á desagradarle la música, su único consuelo?

—Hay otra cosa mejor que el solfeo—se dijo Ariadna, y sus dedos aun inhábiles vagaron sobre las teclas; bien pronto hallaron la extraña y solemne armonía de los himnos religiosos que cantaba en la capilla y su voz les acompañó.

Luego se puso á cantar sin palabras, vagas melodías nacidas de su emoción.

No sabía nada de música profana, nada de lo que se cantaba fuera del instituto; así es que su inspiración nació fuera de todas las formas conocidas, teniendo en sí algo de extraño y de estático.

Cantaba, su voz grave y poderosa dirigía apasionadas peticiones al cielo, que parecía no querer nada con ella; al mundo, que la desdeñaba; á todo lo que hubiese podido amar y bendecir; á los profesores que la habían arrojado á un lado, lanzándola apenas los desperdicios de la ciencia que con tanto cuidado prodigaban á las alumnas del primer banco; á la superiora, á quien las jóvenes llamaban *mamá*, y que nunca había sido benévola con ella más que el día anterior, después de hacer siete años que la miraba con ternura y veneración; á sus compañeras en las que no encontró más que burlas crueles: ¡á

todo, á todo lo que se ama y que se implora!

Sí, Ariadna hubiese amado y venerado todo lo que se ama y venera: al nacer, había recibido el don más precioso que dan las hadas, un corazón tierno, una imaginación entusiasta, un alma de artista; en una palabra, habría amado ¡ay! todo lo que la rodeaba y todo le rechazó sus ternuras. ¿Quién podría tener necesidad de su ternura? Cada cual ¿no tenía otros cuidados, otras atenciones, otros cariños? Unicamente Dios no le había negado nada. Pero Dios estaba lejos, las amarguras de la tierra muy próximas, y esto era todo lo que podía amar sobre la tierra, á lo que Ariadna dirigía su ardiente invocación.

Cantó, siguió cantando; una emoción irresistible oprimió su garganta é hizo brotar á chorros el llanto de sus ardientes ojos; la voz se enardeció con los sollozos y un torrente de melodía, emocionante, desesperado, rodó bajo la bóveda retumbante de la sala de música.

Sus lágrimas rodaron por las pálidas mejillas hasta caer sobre el teclado, y sin embargo, seguía cantando, acompañándose al azar, y lo que cantó aquel día fué sublime; pero nunca se volvió á acordar de ello.

Al fin, rendida, anonadada, dejó morir los acordes bajo sus dedos é inclinó su cabeza sobre el atril. Con gran asombro suyo, una paz profunda, muy superior á la calma que hasta entonces había conocido, inundó su alma. De repente, se sintió dispuesta á afrontar y sufrirlo todo. De alumna, acababa de convertirse en maestra.

Notando de una manera vaga que hacía mucho

tiempo estaba allí, cogió su cuaderno y ganó el corredor. ¡Oh sorpresa! ¡el corredor estaba vacío! En las cerradas clases se oía la voz de los profesores que peroraban á voz en grito. Estupefacta y llena de espanto, Ariadna corrió á la escalera... Antes que mirase la esfera del reloj dieron las tres.

¡Las tres! es decir, que la lección empezada hacía una hora, aun debía durar veinte minutos. Imposible entrar en clase sufriendo las miradas y burlas de sus compañeras, bajo el ojo cruel de la señora Grabinof, bajo la meticolosa interrogación del profesor. ¿Confesar que había cantado hasta perder la noción de la hora, mostrar á aquellas perversas muchachas su semblante pálido por el reciente éxtasis? ¡Imposible! Valía más correr todos los riesgos. Se sentó sobre un peldaño de la escalera principal y esperó.

Varias veces, otras jóvenes habían pasado de la hora fijada tocando el piano durante los recreos; pero tenían amigas y en el último instante llegaba corriendo una compañera para decirla: ¡Tocan! Hasta la señora de clase reparaba aquel olvido avisando á la joven que se excedía tocando.

Pero para esto hacía falta tener una amiga, ó cuando menos no ser mal vista por la señora de clase... Ariadna nada tenía que esperar de nadie.

Aquel olvido, que la señorita Grabinof debió haber reparado, pareció á la joven una serie de terribles amenazas.

—Algo maquina en contra mía—se dijo,—estoy segura que quiere hacer que me despidan.

Ser despedida del instituto, para Ariadna, era algo parecido á la colocación de un recién nacido en una

puerta cochera. Lo mismo que él, se encontraba sin recursos, sin vestidos, sin asilo... Era el Neva en perspectiva, después de dos ó tres días consagrados á sentir los horrores del hambre y del frío. Ariadna no divisaba, no podía divisar otro término á sus sufrimientos.

En vez de encontrarse abatida, sintió de nuevo esa gran tranquilidad que la inundó en la sala de música y que perdió ante la puerta de su clase. Una iluminación repentina la asaltó.

—¡Cantaré!—se dijo la huérfana sin fortuna. Y su corazón se vió de repente lleno de confianza. Tenía un amigo, un protector: el arte que se la apareció en el éxtasis de su sueño despierta.

VII

Mientras que Ariadna permaneció en la sala de música, la señorita Grabinof no había perdido el tiempo. Estrechando el cubre-pies sobre su corazón, trasladó á su gabinete, que estaba sobre el corredor, todos los objetos menudos que se dispersaron por el corredor; luego recorriéndole con su mirada de águila, esperó que un lindo grupo de muchachas, á las que llamaba las Tres Gracias, estuviese al alcance de su voz.

Las Tres Gracias caminaban dándose el brazo, pues el reglamento del instituto no prohibía esas graciosas familiaridades, tan naturales y tan dulces, que un espíritu brutal prohíbe cruelmente en los colegios de Francia.

En el momento en que pasaban delante de la Cancerbera, las llamó sin cumplimientos.

—¡Vengan ustedes aquí, hermosas señoritas!

Las hermosas levantaron la cabeza á la vez, con perfecta igualdad y vieron en los ojos de la Cancerbera algo así como una mimosería, es decir, un cumplimiento. Las tres entraron en el gabinete de la señora de clase, la cual cerró la puerta con suavidad detrás de sus prisioneras.

Era una habitación bonita, alta de techo, las paredes cubiertas de retratos. En casa de la superiora, era la gran duquesa quien ocupaba el puesto de honor. En la habitación de las señoras era la superiora. ¡Admiremos aquí los efectos de la gerarquía! La criada de la señora de clase ponía á su vez en evidencia la fotografía de su ama. En efecto, nada era más justo.

Las sillas, el sofá, las mesas estaban cubiertas de menudencias, fruto de las horas de ociosidad de las jóvenes más que de su amor al trabajo. La luz entraba á torrentes por una enorme ventana arqueada: en el antepecho de esta ventana había plantas de vivo follaje; todo era alegre y risueño en el antro del cancerbero, y sin embargo, las tres gracias sintieron un ligero estremecimiento cuando la puerta se cerró con suavidad detrás de ellas. La señorita Grabinof la cerraba rara vez cuando estaba de servicio, y las que habían gozado el honor de tener una entrevista con ella, no se mostraban sorprendidas de encontrarla entreabierta.

La señora de clase se aproximó á sus queridas alumnas mirándolas con tranquilidad, después dijo con dulzura:

—He pasado la noche en la escalera principal.

Dos de las culpables enrojecieron de repente de pies á cabeza. Sus brazos y sus hombros mal cubiertos por la pelerina, se pusieron de un color capaz de dar envidia á las fresas silvestres. La tercera, la más resuelta, naturalmente era Olga, miró á la señorita Grabinof con asombro, diciéndola con segura entonación:

—¿Qué capricho tan extraño ha tenido usted para pasar la noche en la escalera?

Interiormente, la vieja solterona no pudo menos de admirar la sangre fría de su alumna, y se confesó á sí misma que ella no hubiese hecho tanto en su lugar; pero la ocasión no era propicia para andar con cumplimientos.

—La he visto á usted salir, querida mía, y la he visto á usted volver—la dijo.

—¿Dónde íbamos?—preguntó la joven sin inmurtarse.

—Al comedor, en donde las esperaban tres caballeros.

—Querida señorita—dijo Olga de repente con persuasiva entonación,—usted ha tenido un mal sueño y ha cogido frío; seguramente es por esto, por lo que se ha imaginado pasar la noche en la escalera.

Sin moverse del sofá, la Grabinof movió negativamente la cabeza.

—No, querida mía, no he soñado, y voy ahora mismo á avisar á la señora superiora. En tanto ustedes se quedarán en mi gabinete, que cerraré, guardándome la llave en el bolsillo, para evitar que avisen á sus cómplices; de manera que les cogemos en la próxima visita.

Ante el nombre de la superiora, la joven palideció, pero su indomable orgullo la hizo reponerse. Era descendiente de una raza ilustre, y segura de su nombre, de su título, de su fortuna, no temía gran cosa al mundo.

—Y usted, querida señorita Grabinof, caerá en desgracia con la señora superiora, por no haber te-

nido antes la idea de pasar la noche en la escalera.

Ante esta contestación mal sonante, la señora de clase perdió la calma, que ficticiamente aparentaba y su modo de ser violento recobró su dominio.

—¡Qué desgraciadas son ustedes!—repuso,—¿hasta aquí se atreven á provocarme? Yo puedo hacerlas arrojar de este establecimiento, asilo de virtudes, que ustedes deshonran con sus escandalosas intrigas...

La joven levantó la cabeza con orgullo.

—Nosotras no deshonramos nada—replicó con altanería.—Una travesura sin consecuencias no es una deshonra, hasta para el establecimiento que honra usted con sus virtudes, señorita. Usted no puede sospechar que una descendiente de los Rurik haya podido deshonrar algo, sobre todo á ella misma.

No era ya la maligna doble intención de su lenguaje habitual, era una insolencia de alcurnia, despertada por las circunstancias. Sus dos compañeras más tímidas, al verse tan bien apoyadas, recobraron su valor y mostraron firme aspecto.

—Travesura, si usted quiere que así lo sea—repuso la señora de clase sintiendo necesidad de ceder un poco,—pero semejantes travesuras manchan la reputación de las señoritas. Ustedes no se la hubiesen permitido estando al lado de sus familias.

—En nuestras familias se nos dejaría en libertad de ver y conversar con los jóvenes; aquí se aburre una hasta lo infinito—replicó la joven.

—Usted está en el instituto—repuso la Grabinof,—y mientras permanezca en él, tiene obligación de observar el reglamento. Voy en seguida á dar cuenta á la superiora, primero de su conducta, después de

su insolencia.

—Yo—repuso la insubordinada golpeando el suelo con el pie,—si se me quiere despedir, dirigiré una súplica al emperador, que es padrino mío, y le diré que nuestro único objeto, al recibir á esos señores era el obtener un poco de comida que nos traían oculta, puesto que nuestras raciones, que la bondad imperial ha hecho grandes y generosas, se han reducido á la nada por la rapiña de nuestras superiores! Ha sido por comer, señorita—agregó la joven mirando con penetración á la Grabinof.—¡Ha sido por comer! Sí, vamos, dílo tú—añadió dirigiéndose á la más glotona de las tres.—¿No es verdad que ha sido por comer?

—¡Oh! sí—suspiró aquel pobre estómago mal contento.

—Ya lo ve, señorita; ahora haga lo que quiera. Sin embargo, confieso que nuestra imprudencia puede acarrearlos disgustos, y á usted también, mi querida señorita. Creo que lo mejor sería abstenernos de dar un escándalo. Ya estamos bastante castigadas con su reprensión y por el mal que la hemos causado; ¿quiere usted, querida señorita, dejar dormir este asunto, y cuente que siempre la seremos sumisas y... agradecidas?

Esta palabra fué bastante recalcada para que no pudiera creerse haber sido con naturalidad. Se llegó á un acuerdo, una avenencia que deseaba la señorita. Las culpables oyeron una reprimenda, que la señorita Grabinof prolongó mientras halló en su cerebro frases apropiadas á la circunstancia. Se convino en que no volverían más de noche al refectorio, que

era preciso renunciar á sus expediciones secretas, y que además, las Tres Gracias sostendrían en todo y contra todos, á la excelente señora de clase que con tan buena voluntad les evitaba que diesen un escándalo público. Esta última cláusula fué presentada en términos menos precisos, pero no por eso dejó de ser menos establecida entre las partes contratantes.

—Y ahora—concluyó la Grabinof,—han de decirme ustedes los nombres de esos tres caballeros...

Un movimiento de hombros que con la mayor claridad del mundo significaba un *¡Nones!* de los menos respetuosos, fué la contestación de la hermosa insubordinada.

—... Y el nombre del soldado que les ha dejado entrar.

Obtuvo la misma contestación, muda y elocuente.

La Grabinof sintió fuerte tentación de ir en busca de la superiora; pero su orgullosa discípula produjo en seguida una reacción en su alma, peor templada que la de los antiguos romanos.

—Usted no querrá, señorita Grabinof, exigir de nosotras una delación que sería una cobardía. No es usted quien puede preguntarnos eso. Esa pregunta ha sido una prueba, lo veo con claridad, á pesar de su aspecto severo, y usted está orgullosa de que hayamos resistido... Acepte esta pequeñez como homenaje de una alumna respetuosa que siente lo que le dice, y también como muestra de los buenos sentimientos que sus palabras han hecho nacer en su corazón.

La campana sonó, la noble delincuente estrechó con vigor entre sus brazos á la Grabinof estupefacta,

le puso en la muñeca un aro de oro que acababa de quitarse de su brazo, y en su precipitación no dejó de pellizcar con el cierre un poco de piel seca y lacia de la señora de clase. Un pequeño grito de dolor y otro de espanto, disculpas, besos, algunas promesas, y con una precipitación febril, todas las señoritas se lanzaron al corredor, donde un profesor calvo y magestuoso aparecía ya, pronto á franquear el umbral de la clase.

—Ranine, ¿dónde está Ranine?—gritaron algunas voces compasivas.

La Grabinof lanzó una mirada á su alrededor, notando que le faltaba Ariadna; permaneció un cuarto de segundo con la mano en el picaporte de la puerta. ¿Sería necesario enviarla á buscar? Su indecisa mirada cayó sobre el brazaletes de oro, símbolo de fidelidad y vasallaje. Nadie sabe qué pensamiento diabólico cruzó por la mente de la vieja solterona, pero abrió la puerta y fué tranquilamente á sentarse en su puesto, con el inevitable cubre-pies que ganó con presteza algunas filas de puntos.

Mientras que el profesor explicaba en la pizarra una demostración complicada, la más joven de las Gracias dijo al oído de Olga:

—¿Es que vas á mandarles recado para que no vengan?

—¡Dios mío, que bestia eres!—fué la única contestación que pudo obtener.

—¡Adiós champaña!—suspiró la segunda á quien la agradaban las golosinas.

—¿Por qué?—repuso con orgullo la mayor,—iremos mañana por la noche.

—La señora Banz duerme como una marmota, ¡aun debe estar roncando!

—¡Yo no iré!—murmuró la joven débil.

—¡Necia!—repuso la mayor.—¡Ya iré yo!

Habiendo llamado el profesor á la pizarra á la hermosa insubordinada, tuvo que acudir allí y tomar de manos del maestro el emperifollado yeso con papel dorado. Pero su explicación del problema no fué brillante.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO
VIII

La noche del siguiente día fué fecunda en acontecimientos: desde hacía muchos años, excepto las visitas del emperador y la emperatriz, el instituto no había sido testigo de tantas cosas extraordinarias.

En seguida Ariadna fué llamada á casa de la superiora, por haber faltado sin excusa admisible, á la clase de matemáticas. Esta vez la falta era flagrante, ¡no es posible retardarse hasta el punto que se deje pasar una hora! Y la Grabinof relatando el hecho, tuvo cuidado de apoyar lo que decía en la declaración de Ariadna, que había confesado no haber ido hacia la clase hasta las tres.

La joven encontró en casa de la superiora á la misma señora de cabellos grises que fué testigo de su primera reprimenda.

La señora Sékourof era la vecina más que la amiga de la directora; pero una costumbre antigua la llevaba allí especialmente por la noche, más para distraer el aburrimiento de su solitario hogar, que por simpatía á la vieja superiora.

Por su parte, la señora Batourof sentía una estimación muy sincera y casi respetuosa por su amiga, que, sin poseer gran fortuna, hallaba el medio de